I

BATALLA DE PALO ALTO —BATALLA DE LA RESACA.—NUESTRAS TROPAS REPASAN EN DESORDEN EL RÍO BRAVO.—RETIRADA DE LAS FUERZAS MEXICANAS RUMBO Á MONTERREY.—EL EJÉRCITO INVASOR AVANZA HACIA ESA PLAZA. —COMBATES EN LOS ALREDEDORES DE MONTERREY Y DENTRO DE LA CIUDAD.—VALIENTE COMPORTAMIENTO DE LAS FUERZAS MEXICANAS. —INEPTITUD DE SUS JEFES Y OFICIALES.—CAPITULACIÓM DE MONTERREY.—RETIRADA DE LAS TROPAS MEXICANAS RUMBO AL SALTILLO.

El Genral de División don Mariano Arista, era en el mes de Mayo de 1846 comandante en jefe de la división de tropas mexicanas que dividida en fuertes destacamentos cubría toda la línea de la Frontera.

Desde que aquel jefe se apercibió de que un rompimiento entre las dos naciones era inminente, se apresuró á concentrar todas sus fuerzas en

la ciudad de Matamoros que era su cuartel general; así es que, cuando á principios de Mayo del mismo año se le notificó por el supremo Gobierno la declaración de la guerra y se le dieron instrucciones para romper las hostilidades, pasó el río con su división en chalanes, botes y otras embarcaciones irregulares, pues nuestro ejército, como casi siempre le ha sucedido, careciendo de los elementos indispensables para abrir una campaña seria, no tenía equipaje de puentes. El paso, pues, de un río caudaloso para marchar contra un enemigo que se hallaba próximo, sin establecer un puente que facilitase la retirada de las tropas en caso de revés, fué la primera grave falta cometida desde la apertura de la campaña.

Para describir este desastroso hecho de armas, trascribiremos lo que ya desde nuestro tomo I consignamos en el artículo relativo á la "Bandera," sin entrar en más minuciosos detalles, pues, desgraciadamente, ó no se tomaron después de esta batalla los datos suficientes para incrustarla en nuestra historia ó si se tomaron se han perdido en su mayor parte.

Dice así el Tomo I del Enquiridión:

"El señor General Arista que mandaba en jefe, marchaba en busca del enemigo sin exploradores, ni una buena vanguardia que cumpliendo con su importante misión supiera dar al General en Jefe todas aquellas noticias respecto á la fuerza, posición y demás circunstancias del enemigo que vienen á ser la base de un buen plan de batalla. El jefe mexicano marchaba, por decirlo así, á ciegas; pero siempre recto hacia el adversario, á impulsos del entusiasmo, del ardiente deseo de

sus tropas por cruzar cuanto antes las bayonetas. Vana esperanza, las tropas avistaron al enemigo, que bien apoyado en sus flancos por obstáculos naturales, tenía todo su frente cubierto por una alfombra de seca y pequeña vejetación, sembrada de espesos matorrales que hacían por ella imposible el tránsito de las tropas."

"Esta pésima elección de posición de los americanos, nos salvó al fin de un completo desastre; pues si por una parte impedía á nuestros bravos batallones abordar al enemigo, impedía también por otra á éste, lanzarse á la persecución para completar la victoria. En tales circunstancias, nuestra tropa desplegó en los linderos de aquel bosque de corta vejetación, y nuestras imperfectísimas piezas de artillería se pusieson inmediatamente en batería y en el acto abrieron sus fuegos. Sólo las balas de algunos cañones de á doce que había en nuestra línea, lograron llegar á la del adversario; pero las de los cañones de á seis y de á cuatro, se quedaban á poco más de media distancia entre línea y línea. Entre tanto las baterías americanas, que en el momento habían respondido á las nuestras, y que se componían de cañones á la Payxan, cuyos proyectiles huecos causan mucho efecto, no sólo herían de frente nuestra línea, sino que algunas que habían sido sabiamente establecidas, tomaban de escarpa á nuestras tropas y sus terribles efectos alcanzaban hasta nuestras últimas reservas. Las filas mexicanas comenzaban á mermarse prontamente; la muerte reinaba entre ellas, pues á pecho descubierto y con el arma al brazo, sin desordenarse, sin que se notara en ellas la más mínima fluc-

tuación, se mantenían imperturbables, gallardas, despreciando el peligro é imponentes hasta el grado de causar la admiración del mismo enemigo, prorrumpiendo en constantes y entusiastas vivas á la patria.»

«Pero en esa desgraciada jornada, todo se conjuró contra nosotros. El bosque se incendió; aquellos secos matorrales y aquel espeso zacatal ardía con la velocidad de la pólvora, y como nuestras tropas hacían frente al aire reinante en aquellos momentos, todo aquel oceano de fuego avanzó con increible velocidad sobre nuestrar líneas, y vino á producir en ellas lo qne las numerosas y bien establecidas baterías enemigas no habían podido conseguir: la confusión y el desorden. Las líneas tuvieron que retroceder violentamente para no ser abrazadas por el elemento destructor. Las diferentes armas se mezclan, los grandes parques que no tienen tiempo de ser retirados se queman, y este acrecentamiento de ruido, detonaciones y confusión llevan á su colmo el desorden. Afortunadamente el adversario no puede perseguir, lo que produce que al fin y al llegar aquella confusa masa de soldados, cañones, mulas, caballos y carros á un lugar despejado y sin vejetación en que el fuego ya no podía proseguir, hagan alto las tropas, se reorganicen, formen de nuevo, se reanime su espíritu abatido y ansíen esperar allí á su enemigo. Pero ¡ay! las huestes mexicanas se ven muy reducidas; centenares de veteranos han quedado sobre el campo de batalla y los soldados reclutas se han aprovechado de aquel desorden para dispersarse abandonando su bandera.....su bandera, que es el emblema

del honor de la patria y honra de su regimiento!»

«En esa desgraciada acción de guerra, no hubo cuerpo de infantería del ejército mexicano que no perdiera su abanderado; y algunos, como el 4.º batallón, perdió consecutivamente tres oficiales que sostenían en sus manos la bandera que flameaba siempre orgullosa y heróica enmedio del humo del combate. Y luego, cuando la retirada, ya no había formación alguna; pero las tropas iban agrupadas por cuerpos, cada uno al derredor de su bandera; se oían de cuando en cuando las voces de los jefes, que llenos de rabia por la derrota, creyendo que iban á ser perseguidos y deseando morir con gloria, gritaban á sus soldados:

—¡Soldados! ¿Juráis morir defendiendo esta bandera?

—¡Lo juramos!—respondían los soldados, y el que hubiera observado á aquellos veteranos, habría visto caer gruesas lágrimas de sus ojos y escnchado los rechinidos de dientes que el coraje y la desesperación les arrancaba.

Trascribimos á continuación el parte oficial que de esta jornada dirijió el General Atista al Supremo Gobierno:

"*Ministerio de Guerra y Marina.*—División del Norte.—General en Jefe.—Excmo. Sr.—Constante en mi propósito de estorbar al general Taylor se uniera con las fuerzas que traía del Frontón de Santa Isabel, á las que dejó fortificadas frente á Matamoros me moví hoy de los Tanques del Ramireño, paraje de donde dirijí á V. E. mi último extraordinario, y tomé el rumbo de Palo Alto, tan luegocomo mis espías me informaron que

el enemigo había salido del Frontón; resuelto á introducir en sus fuertes, carros cargados de víveres y artillería gruesa.

"Llegué frente á Palo-Alto como á la una del día y observé que los contrarios entraban á dicho paraje.

"Con todas las fuerzas que llevaba, establecí la batalla en un gran llano, apoyando mi derecha en una elevación montuosa, y la izquierda en una ciénega difícil de tránsito.

"Apenas se disparaba el primer cañonazo, cuando llegó el Sr. General segundo en Jefe don Pedro de Ampudia, á quien había prevenido se me incorporara después de dejar cubiertos los puntos que servían para sitiar á los enemigos que se hallaban dentro de los fortines de frente á Matamoros.

"Las fuerzas que tenía á mis órdenes completaban tres mil hombres y doce piezas de artillería, las de los invasores ascendían á tres mil soldados, más que menos, y era superior en artillería, pues contaba con veinte piezas de los calibres de á diez y seis y diez y ocho.

"Comenzó la batalla de un modo tan ardoroso que no cesaba el fuego de cañón un momento; en el curso de ella el enemigo quería seguir su camino hacia Matamoros para levantar el sitio á sus tropas; con cuyo objeto quemó los pastos y formó frente á su línea de batalla una humareda tan espesa que logró ocultarse de nuestra vista; mas á virtud de maniobras se lo embaracé dos veces.

"El General Taylor mantenía su ataque más bien defensivo que ofensivo, jugando su mejor

arma, que es la artillería, protejida por la mitad de la infantería, y toda la caballería, conservando el resto fortificado en la Resaca, á cosa de dos mil varas del campo de batalla.

"Ansiaba por la carga, porque el fuego de cañón hacía muchos estragos en nuestras filas y previne al señor general don Anastasio Torrejón la ejecutase con la mayor parte de la caballería por nuestro flanco izquierdo para darla á la vez por la derecha con unas columnas de infantería y el resto de aquella arma.

"Aguardaba el instante de que dicho señor general ejecutara la carga, y que ésta comenzara á surtir su efecto, para dar el impulso por la derecha; mas fué contenida por una fuerza contraria que defendía un atascadero que embarazaba el ataque.

"Impacientes algunos batallones por la pérdida que sufrieron, pidieron avanzar. En el acto los hice cargar con una columna de caballería al mando del señor coronel don Cayetano Montero, dando por resultado esta operación, que los cuerpos marcharan sobre el enemigo, quien por la distancia en que se hallaba tuvo lugar de replegarse á su reserva, y entrando la noche concluyó la batalla, quedando el campo por nuestras armas.

"Se practicó en seguida todo lo conducente al caso y tomó la división un campamento más reconcentrado en el mismo lugar de la acción.

"El combate fué largo y sangriento, lo que se graduará por el cálculo que ha hecho el señor comandante general de artillería, general don Tomás Requena, quien me asegura que el enemigo

arrojó sobre nosotros como tres mil tiros de cañón, desde las dos de la tarde en que comenzó, la lucha hasta las siete de la noche en que termino, disparándose seiscientos cincuenta por nuestra parte.

"Las armas nacionales brillaron, pues no retrocedieron un palmo de terreno, á pesar de la superioridad de la artillería de los enemigos que sufrieron bastante estrago.

"Estas tropas tienen que lamentar la pérdida de trescientos cincuenta y dos hombres dispersos, heridos y muertos, dignos los últimos del recuerdo y gratitud nncional, por la intrepidez conque murieron peleando por la más sagrada de las causas.

"Dígnese V. E. dar cuenta con esta nota al Excmo. Señor Presidente, manifestándole cuidaré de dar el parte circunstanciado de este hecho de armas y recomendándole el buen comportamiende todos los señores generales, jefes, oficiales é individuos de tropa que me están subordinados porque sostuvieron tan sangriento combate, que hace honor á nuestras armas y da á conocer su disciplina.

"Admita V. E. las seguridades de mi consideración y justo aprecio.

"Dios y libertad:--Cuartel general frente á Palo Alto, á la vista del enemigo, Mayo 8 de 1846. —A las once de la noche.—*Mariano Arista.*— Exmo. S. Ministro de la Guerra y Marina."

"Es copia.—México, Mayo 20 de 1846.—*Juan L. Velásquez de León* "

Como se vé la costumbre de disfrazar la verdad en los partes oficiales de los combates ó batallas que México ha sostenido, es vieja entre algunos de nuestros militares. La verdad de las cosas es que la batalla de Palo-Alto, en que nuestras tropas combatieron con heroico valor, se perdió, así por la inferior calidad de nuestro armamento y material de guerra; como, y muy principalmente por la ineptitud del jefe que la libró. Tan cierto es esto último, que averiguada la verdad por el gobierno de la República, destituyó al general Arista del mando de ladivisión del Norte y le llamó á México para someterlo á un consejo de guerra.

Es triste y dá mucha pena á todo buen mexicano que se consagra al estudio de nuestra historia, ver á cada paso en sus páginas que nuestros desastres no reconocen otro origen que la ignorancia, ineptitud é impericia de los jefes que han mandado á las valientes tropas mexicanas, dignas por mil títulos de mejor suerte.

Si haber librado la batalla de Palo-Alto en las condiciones en que se hizo, fué una grave falta militar, lo fué mayor aún la batalla de la Resaca.

Toda tropa por buena que sea, que ha perdido la confianza en su jefe, que á pesar de su heroico valor sus sacrificios han sido estériles ante la fatal inercia de dicho jefe, pierde su moral, y si después de la derrota se la conduce todavía al combate, el nuevo desastre es evidente.

Tal sucedió en la batalla de la Resaca. Las tropas mexicanas se vieron allí en peores condiciones y en más mala posición militar que en la de Palo-Alto: el caudaloso Río Bravo, estaba muy inmediato y á refaguardia de la posición, y era

evidente que perdiéndose ésta después de un ataque, las tropas vencidas se aglomerarían en el mayor desorden para querer repasar el río enl cortísimo número de chalanes y pequeñas embarcaciones de que el geueral en jefe podía disponer.

Las tropas tomaron posición al frente y á retaguardia de un barranco, cual si se tratase de defender un desfiladero; mas no era este el caso, porque en los desfiladeros susceptibles de defensa, las partes flanqueantes se encueutran á larga distancia de la línea de batalla, circunstancia que ayuda al general en jefe á desarrollar buenas combinaciones estratégicas. Pero en la Resaca, las partes flanqueantes estaba á menos de tiro de cañón del centro de la posición: no tuvieron, pues los americanos, más que hacer un ligero reconocimiento para comprender que su enemigo era flanqueable por ambas alas. En ese concepto, designó en el acto sus maniobras y las fuerzas mexicanas que ocupaban la primera línea antes de la barranca, al verse amenazadas en su línea de retirada, retrocedieron por la misma barranca, á incorporarse á la segunda línea.

El enemigo prosiguió con vigor su ataque; estableció fuertes baterías sobre ambos flancos de la línea mexicana, enfilándola y aun tomándola de revés. Esto no obstante, y á pesar de los terribles estragos que dicha artilleria causaba, se mantenía serena é imperturbable en su posición, viendo lo cual el general americano, ordenó un ataque general sobre el frente y sobre ambos flancos haciendo entrar en línea hasta á sus últimas reservas.

El vigor de este ataque, lo bien dirijido de la

combinación, la gran superioridad numérica y la del armamento y material de guerra, vencieron al fin la heroica y desesperada resistencia de los valientes soldados mexicanos. La desbandada comenzó por el ala izquierda, se propagó prontamente al centro y la derecha y la confusión, el desorden y la derrota fueron completas. Aquellas masas desordenadas en que la infantería, la artillería y la caballería iban mezcladas y ya sin formación táctica ninguna, llegaron á la orilla del río para intentar el paso. Por fortuna los americanos cometieron la torpeza de no lanzarse á la persecución inmediata, que de haberlo hecho, el desastre hubiera sido completo, pues todos los que no hubieran muerto en el combate ó en el paso del río, hubieran quedado prisioneros. Sin embargo, la República tuvo que lamentar la pérdida de infinidad de veteranos que impacientes por verificar el paso, se hecharon á nado en las impetuosas aguas del Bravo, ahogándose en su mayor parte.

Por la noche llegaron á Matamoros los restos mutilados de la que había sido una brillante división. Como dos de los batallones mexicanos no habían tomado parte en los combates, lo cuál implicaba una falta más en su jefe, reunidos éstos á los mencionados restos de la división, formaban todavía nna fuerza respetable capaz de bastar á la defensa de Matamoros, al menos mientras de Monterrey donde ya había tropas, llegaban los auxilios necesarios. Así lo manifestaron algunos jefes al general Arista, mas éste se obstinó en abandonar la plaza y emprender la retirada rumbo á Monterrey y para agravar todavía más la gran

responsabilidad que ante el gobierno había contraido, en lugar de seguir el camino de las Villas del Norte, provisto de agua y de recursos, se inclinó hacia el Sudoeste tomando el camino de Linares, medio desierto y muy escaso de aguas.

En esa travesía, las tropas experimentaron grandes sufrimientos y fué tan grande el número de bajas, que superó al de los que habían muerto en las batallas anteriores.

Tales fueron los primeros tristes resultados de aquella funesta campaña.

Tres son los caminos principales que de Matamoros pueden conducir á Monterrey: el más corto y que lleva directamente, es el que pasa por Charco Escondido y Cadereyta para llegar á aquella ciudad; otro que queda sobre la derecha del primero y que aunque un poco más largo está más provisto de recursos y de agua, es el que pasa por las Villas del Norte, es decir, por Reinosa, Camargo y Mier grandes poblaciones situadas muy cerca del río Bravo sobre su margen derecha. El tercero es el que desviándose mucho á la izquierda pasa por el rancho de la Norroa y toma la dirección de Linares para seguir después á Monterrey pasando por Morelos y Huajuco, Este es precisamente el que como hemos dicho tomaron los restos de la división de Arista y en él, la falta de agua y de recursos y marchas por precisión forzadas acabaron de aniquilar á las pobres tropas mexicanas; que al fin después de muchos sufrimientos y muchas deserciones, llegaron á Monterrey á tomar sus cuarteles

Ya para este tiempo, el general Arista había

dejado el mando de la división, recibiéndose de ella reforzada con otras tropas últimamente llegadas del interior, el general D. Pedro Ampudia.

Dedicóse este jefe desde luego y con la mayor actividad á reconocer todos los alrededores de la plaza y á comenzar las fortificaciones que debían cubrirla por tenerse noticia de que el ejército americano aunque muy lentamente y aun haciendo paradas en algunas poblaciones, venía avanzando.

Poco antes de estos sucesos había estallado una revolución en Guadalajara contra el gobierno del Presidente General Paredes: para sofocarla se había organizado en México una división compuesta de tres brigadas de la que debía tomar el mando el presidente en persona. Estas tropas divididas en tres escalones hicieron en efecto su movimiento, saliendo el primer escalón el 1 º de Julio; llegaron á Celaya después de mil sufrimientos y trastornos durante la marcha, por estar la estación de aguas en su mayor desarrollo y haber sido aquel año muy copiosas, de suerte que los caminos estaban intransitables. En Celaya se hizo un alto con objeto de esperar que el general Paredes llegase á ponerse á la cabeza; pero en esos días precisamente estalló en México otro pronunciamiento acaudillado por el general Salas, quien después de derrocar á Paredes, lo sustituyó en el mando supremo de la Nación. El objeto principal de este movimiento político era traer á la cabeza de la nación para regir sus destinos al general Santa-Ana que se hallaba desterrado en la Habana.

Perplejas se quedaron las tropas de Celaya al ser informadas del cambio de gobierno. Algunos

jefes con los soldados que estaban á sus órdenes, reconocieron al nuevo gobierno; pero el resto esperaba otras circunstancias y mayores informes para tomar una decisión; sin embargo, á pesar de esta disidencia de ideas, no hubo entre ellas colisión ninguna, y después de algunos días de vacilación, todos tomaron la patriótica resolución de dirigirse por San Luis Potosí rumbo á Monterrey en busca del enemigo extrangero.

En San Luis tomaron algunos días de descanso, se pusieron los cuerpos en alta fuerza, recompusieron su material de guerra y procurándose algunos escasos viveres, prosiguieron sn marcha hacia la Frontera.

El día 9 de Setiembre llegaron dichas tropas á la ciudad de Monterrey y fueron recibidas por los pobres veteranos del Norte con las mayores muestras de cariño y compañerismo.

Desde este momento y como ya se sabía que los americanos venían muy cerca, se redoblaron los trabajos procurando terminarlos antes que el enemigo se presentase, de tal manera, que los destacamentos dedicados al trabajo se componían de batallones enteros y trabajaban unos durante el día y los otros por la noche.

Para dar idea á nnestros lectores de las fortificaciones que defendían á Monterrey, insertaremos la descripción que de ellas hace nuestro amigo el Coronel Balbontín, en sus »Apuntes históricos sobse la guerra de 1846 y 1847.»

"La parte del Este, se cubrió con tres obras pequeñas abiertas por la gola, capaces de alojar cada una de ciento cincuenta á doscientos infantes, con dos ó tres piezas de artillería.

»También se cubrieron con dos líneas de parapetos y fosos, las calles centrales que ven á aquel rumbo.»

»Del lado del Norte se construyeron dos flechas capaces de contener cada una de cincuenta á sesenta hombres.

»A la izquierda de estas flechas, en el Puente de la Purísima se levantó una obra irregular según lo permitía la localidad.

»Detras de esta línea, se cubrieron igualmente con parapetos las calles que desembocaban á ella.

»Fuera de la ciudad, siempre al Norte, en el llano, y al rededor de los muros de una catedral empezada á construir, se levantó un fuerte cuadrado con bastiones. Esta obra, á la que se le dió el nombre de Ciudadela, era la única cosa séria que había en Monterey.

»Algo adelante del punto en que concurrían prolongándolas, las líneas que pasaban por las obras del Norte y del Este, se construyó un fortín de forma irregular cubriendo una teneria, cuyo nombre llevó.

»Por el rumbo del Oeste, á la salida para el Saltillo, sobre las alturas á uno y otro lado del camino, había dos obras avanzadas, de poca importancia.

»En el cerro llamado del Obispado estaba la más formal, que consistía en una especie de bonete que miraba á la ciudad, y en una pequeña flecha, colocada sobre un crestón situado á la espalda del edificio del Obispado y que lo dominaba.

"Tomado este crestón, el Obispado estaba perdido, porque la obra que miraba á la plaza de nada serviría. Sin duda el ingeniero que lo trazó, se propuso que cuando la plaza se perdiera continuaría defendiéndose el Obispado, sin sospechar siquiera, que el enemigo pudiera atacar aquel punto antes de penetrar á la plaza.

"La otra obra, era un simple reducto cuadrado sin fuegos flanqueantes, construido sobre Loma Blanca, incapaz en su aislamiento de ofrecer una resistencia formal. Se le llamó Fortín de la Federación.

"Las calles que desembocaban al Oeste, también se cortaron con parapetos y fosos.

"Hacia el Sur, solamente había parapetos en las calles que daban al río."

Aún no estaban terminadas estas obras de fortificación, cuando los exploradores mexicanos dieron parte de que el ejército americano había salido de Camargo y avanzaba sobre la plaza.

El general Torrejón á la cabeza de una brigada de caballería, fué destacado inmediatamente en observación de los movimientos del enemigo y con orden de venirse replegando á la plaza en proporción al avance de aquél. Algunos destacamentos de infantería con la misma orden de situación entre Cerralvo y Marín.

Esta última disposición no dejaba de ser inconveniente, puesto que exponía á aquellas tropas, tan lejanas de la división de que dependían, á ser cortadas por el grueso de la caballería enemiga; sin duda lo comprendieron así sus respectivos comandantes, porque antes de tomar el contacto con el enemigo, se apresuraron á replegarse á la plaza.

El 18 de Setiembre se avistó por el lado Norte la vanguardia de los invasores, y ya para la tarde las compactas líneas del enemigo que se observaron á lo lejos, hicieron conocer al general mexicano que tenía á su frente á todo el ejército del adversario. Cubrióse inmediatamente todo el perímetro de defensa y se organizo una fuerte reserva compuesta de los batallones 3.° y 4.° ligeros y el Batallón activo de Aguascalientes, cuyas tropas ocuparon el recinto interior de la plaza.

La fuerza mexicana se componía de 6,000 hombres con 40 piezas de artillería, de las cuales muchas estaban casi fuera de servicio.

La extensión que se había dado á la línea de defensa y la circunstancia de que de los 6,000 hombres con que se contaba, algo más de 2,000 eran de caballería, hacía que dicha línea quedase débilmente guarnecida.

El día 19 comenzaron los reconocimientos del enemigo, se rompió el fuego de artillería por ambas partes, aunque débil y con interrupciones durante el día. Al día siguiente, 20 del mismo mes, terminó el enemigo sus reconocimientos y una fuerte división designó claramente por la tarde un movimiento envolvente para el lado del cerro del Obispado. Nada hizo el general mexicano para contrariar, ó al menos para observar de cerca aquella maniobra, y ni mandó modificar siquiera durante la noche el reducto que mal establecido en una de las vertientes del cerro del Obispado, parecía más bien haber sido levantado para batir

á la ciudad que para defender la posición del cerro.

El día 21 el enemigo comenzó sus ataques sobre el fuerte de la Tenería, preparándolos antes con un vivo cañoneo sobre dicho punto y sobre la ciudadela. Nuestras baterías respondieron al momento, mas como no se habían construido plataformas de madera y que el terreno era flojo y el suelo lleno de lodo por las lluvias, sus tiros eran inciertos y de poco efecto, pues era imposible á los oficiales fijar de una manera definitiva sus punterías.

Preparado convenientemente el ataque, lanzó el enemigo tres columnas; la primera tomó como directriz las casas aisladas y arboledas que quedan al poniente de la Tenería; la segunda, que formaba la reserva, se aprovechó de una sinuosidad del terreno para cubrirse lo más posible y estar cerca de las dos columnas de ataque; y la tercera, cubierta con un enjambre de tiradores, avanzó resueltamente sobre la Tenería, hasta llegar á sus inmediaciones, donde hizo alto, desplegó rápidamente y envolvió al fortín con un vivísimo y mortífero fuego. La columna que había ocupado el caserío y las arboledas al poniente de la Tenería, sin dejar de hacer fuego se fué corriendo poco á poco á la derecha hasta enfilar y aun hacer fuego de revés sobre la gola de la obra atacada. Esta situación era molestísima para sus defensores, puesto que muchos de ellos eran heridos por la espalda. Mas con todo, se batían con la mayor intrepidez y hacían fuego con tan buen éxito que los americanos veían mermar sus filas

rápidamente. No pudiendo resistir al fuego mortífero del fortín, ambas columnas de ataque del enemigo comenzaron á retroceder, visto lo cual por la reserva, dejó su abrigo y salió bravamente con dos piezas de artillería á la cabeza para restablecer el combate. En esos momentos ciento y tantos hombres de la reserva mexicana entraron en línea, unos á la Tenería y otros á pecho descubierto, fuera de la obra: el fuego redobló de intensidad y las columnas de ataque de los americanos, así como la de reserva, iniciaron de nuevo aunque lentamente un movimiento retrógrado.

En estos momentos, una fuerte columna de caballería mexicana salía por el costado izquierdo de la obra, aunque á larga distancia. Al observarla las tropas del ataque, no sólo apresuraron su retirada, sino que emprendieron la fuga en el mayor desorden y en dirección á su grueso principal. Las dianas, los vivas y mil gritos de júbilo resonaron por toda la línea mexicana; todos esperaban que aquella caballería cargase sobre las masas dispersas del adversario para completar la victoria; mas no fué así, y por circunstancias inexplicables, la caballería mexicana hizo alto dando tiempo á que el enemigo se incorporara á su grueso y se reformara, después de lo cual, y observando la inmoralidad de la tropa mexicana, todas las baterías le rompieron un fuego destructor que después de hacerle multitud de bajas la obligó á replegarse á la plaza.

Neutralizada la caballería mexicana que había salido sobre el flanco del ataque, las columnas americanas después de reparar sus pérdidas y de reforzarse considerablemente, se lanzaron con